

preciaban altaneros, los sordos ruidos que anunciaban la ya cercana y asoladora tempestad.

Y cuando, agotados todos los medios honrosos de conciliación, se vió con claridad la devoción incorregible de la Nación á los procedimientos de fuerza y su resistencia invencible á todo mejoramiento, por moderado que fuera, del sistema corruptor y tiránico bajo el cual se asfixiaba la colonia infeliz, la bandera de la separación, hasta entonces solo amada por los soñadores rebeldes, por los iluminados idealistas y por los pensadores austeros, reunió en torno suyo á los hombres prácticos, á los ricos tímidos y á los reformadores tenaces, esperanzados antes en las promesas falaces de la metrópoli engañadora y convencidos ya de que bajo la bandera de España no hay libertad posible ni orden asegurado ni progreso sólido sino corrupción y desasosiego y sangre y exterminio.

Bien sabían los revolucionarios cuánto aventuraban en la empresa que acometían; pero las clases directoras de Cuba fueron fieles á su noble misión social y en aquella crisis tremenda supieron sobreponerse á sus preocupaciones é intereses para sacar á salvo el honor en peligro del pueblo cubano; y aquellos poseedores de esclavos, criados y educados en el desprecio y la explotación de la raza negra, lograron condensar en un momento de sublime inspiración, en una fórmula breve y clara, la enormidad de sus agravios y la grandeza de su revolución heroica y al dilema, sugestivo y amenazador, de los reaccionarios, contestaron los revolucionarios, desesperados y soberbios: "Antes africanos que españoles".—Con este rugido aterrador anunció su erupción el volcán de pasiones que surgió en Yara, con el estruendo de un gran cataclismo social.

A. CABALLERO.

### ADELANTE.

Ante los acontecimientos que hoy admirablemente se desarrollan en Cuba, ante el sacrificio inmenso de sus invencibles hijos, ante el terrible victimario que impasible se recrea aspirando el calor que despide la sangre generosa de sus víctimas inocentes; ante la maldad, el engaño siempre y la torpeza de España en su detestable dominación, no cabe término me-

dio ni transacción posible, que no sea el reconocimiento en absoluto de su Independencia.

Céspedes, Agramonte, Martí y tantos otros mártires ilustres han desaparecido en lucha constante por un ideal sublime que bulle con ardorosa intensidad en nuestros cerebros; la obra gigantesca que ellos comenzaron, tenemos que darle el fin que la honra y la dignidad exigen. ¡Adelante pues!

Falsas promesas de España en instantes de tanta significación para Cuba como el presente, no nos dicen otra cosa: que su imperio se resiente, que su poder decae, que sus arcas están exhaustas, en una palabra, que está impotente para vencer á la revolución y que busca los medios honrosos, para ella, de dar término a la contienda.—Pero Cuba, que ve aproximarse y pronto el brillante despertar de sonrosada aurora, que ha de iluminar magnífica á ese pueblo valeroso que con indómito esfuerzo se proclama libre, arrojando el sudario de su ignominioso pasado ante su augusta grandeza que ya resalta con asombroso aplauso en toda la América, no cederá ni por un momento siquiera en la terminación de su obra redentora.

Esa tierra envidiable que el intranquilo y murmurante Caribe de enturbiasdas ondas baña constante para que exhiba en la Naturaleza sus encantos y sus gracias; esa tierra fecunda de inspiración, poesía, valor, temeridad y firmeza; ese pueblo que ofrece con actos sublimes la generosidad de sus hijos como arma vengadora á su odio su esclavitud; ese pueblo no teme, ese pueblo no da un paso atrás, ese pueblo ha de ser libre, porque ya se refleja en su horizonte la esperanza cumplida que el tiempo y el progreso con providencial influencia le darán como galardón merecido, envuelto en el hermosísimo manto de su gloria, lo único á que aspira: su Independencia.

TANO

### CARTA DE PÉSAME

Puntarenas, 2 de Febrero 1897.

Señora de mi mayor consideración y aprecio:

Cuando el clamor público lanzó á los cuatro vientos de esta República hermana, la caída sin alza posible de vuestro esposo el General don Antonio Maceo; cuando la prensa, á veces divagante y á veces segura de tanta desgracia para la causa que él, junto con otros encarnaba; cuando por toda certeza no había ante los ojos patriotas sino la duda atormentadora, con todo su cortejo de sombras, yo quise guardar silencio y esperar si era cierto ese fallo de la Eternidad, sobre las almas de los inmortales, como lo era vuestro esposo.

Seguí con avidez todos los comentarios de la prensa universal, porque el General Maceo, como todos los grandes, no pertenecen á una comunidad determinada; él, como ellos, pertenecen á la humanidad.

Y cuando pude empapar mi alma en la ereencia ilógica del destino, que su muerte era un hecho probado y comprobado, busqué adrede en el silencio, un lenitivo á mi propio dolor, con ese egoísmo con que se lloran en el secreto las pérdidas que como esa, son irreparables.

Por lo mismo no había querido escribir á Ud.: á mi conciencia bastaba saber que con Ud. sufría, y ese holocausto de dolor que en el silencio se eleva hasta Dios, es acaso, la más grata recompensa para los que como el General Maceo, supieron ofrendar su vida en aras de la Patria.

Yo, señora mía, tuve la honra de estrechar la mano amiga de su ilustre esposo, y cuando alguna vez, en nuestras íntimas conversaciones, se hablaba de Cuba, el semblante pacífico que tanto honor le hacía, se alteraba y no fueron escasas las veces, en que oí de sus labios, juramentos que bien revelaban, el temple de su alma de patriota denodado.

Todas estas consideraciones, es decir: mi amor decidido á la causa cubana; mi cariño á An-

tonio Maceo; mi respeto al héroe y mi veneración al martirio, me hacen en estos momentos escribir á Ud. estas líneas, para pedirle en ellas á Dios, conformidad para vuestro espíritu, y mucho valor y resignación, ahora que ya alborea el sol de libertad de su cara Patria.

Reciba Ud. la expresión de mi más sincera condolencia y créame su invariable copartidario y leal amigo

MIGUEL H. CÉSPEDES.

A la señora

Doña María C. de Maceo.

San José.

San José, Febrero 8 de 1897

Señor Director de

"EL PABELLÓN CUBANO"

Presente.

Distinguido correligionario y amigo:

Con motivo de la muerte de mi esposo el Lugarteniente General del Ejército Libertador de Cuba, Antonio Maceo, he recibido innumerables muestras de la admiración y el cariño que sentía esta culta sociedad por el abnegado servidor de su Patria.

Imposible me es, corresponder personalmente á las manifestaciones recibidas, en momentos tan crueles para mí, y recurro á Ud. para suplicarle que en mi nombre, haga presente en su patriótica publicación, mi agradecimiento eterno á todos, por su generosa conducta.

Le anticipo mi gratitud y quedo de Ud. con toda consideración

Su atenta compatriota,

MARÍA C. DE MACEO.

P. y L.

### PUNTOS NEGROS.

Continúa la amena, recíproca y hasta cariñosa correspondencia entre *El Español* y el Dr. Zambrana.

Lo que mayormente no es extraño.

Porque el Dr. Zambrana quemó ya su ejecutoria de diputado constituyente de la República cubana en Guáymaro.

Y ha recibido el diploma de *Español arrependido*, que vuelve humilde al regazo materno.

\*\*\*

Hay mútuo acuerdo y perfecta inteligencia entre el antiguo mam-